

socialismo es la base u origen de la sociedad actual india. Después de afirmar que ese socialismo nada le debe al extranjero sino que es consecuencia de factores nacionales, cuyos principios ya están contenidos en la tradición religiosa hindú (como por ejemplo en el primer verso del Isa Upanishad), pasa a considerar las bases que sustentan el socialismo indio, exponiendo así las diferencias que presenta con el comunismo.

La aspiración del autor es —según sus propias palabras— ofrecer una reinterpretación de los objetivos del desarrollo planificado, abriendo la discusión sobre los principales objetivos perseguidos.

Luego de recordar que en un primer momento se buscó el análisis de la planificación soviética con miras a aplicarla, pasa a considerar el Plan de planificación francés y sus objetivos; plan que a su criterio, es el que mejor se adapta a las necesidades particulares del Estado indio.

En resumen, los trabajos recopilados en este volumen por Sinha, además de estar muy bien documentados, están fundamentados con autoridad; se analiza en cada caso concreto lo que se ha hecho, los errores que se han cometido en el intento de solucionar los problemas, y las conclusiones a las que cada autor llega están presentadas como posibles soluciones.

En otras palabras, y volviendo a la frase que sirvió para catalogar la obra de Agarwala, un libro que no es ya un marco ameno meramente, sino un especializado estudio que contempla a conciencia cada uno de los problemas con que se enfrenta la India.

Faltaría añadir que el libro —de muy cuidada presentación— se complementa con un prefacio de su editor; un excelente prelude sobre los problemas de la modernización de Asoka Mehta y una visión general ofrecida por el Profesor Radhakamal Mukherjee, del Instituto de Sociología y Relaciones Humanas de la Universidad de Lucknow.

RAQUEL O. SAOS NIETO  
*El Colegio de México*

*Tsurezuregusa Kenkō (Essays in Idleness)*. Columbia University Press, Nueva York y Londres, 1967. 213 pp. Traducción al inglés por Donald Keene.

Urabe no Kaneyoshi, o Yoshida no Kaneyoshi, pues por ambos nombres fue conocido, además de Kenkō, su nombre como sacerdote budista, se cree que vivió entre 1283 y 1350. Pertenecía a una familia que tradicionalmente había dado sacerdotes de modesto rango, pero sus habilidades como poeta le permitieron acercarse

a la corte de su tiempo. En 1324 tomó los hábitos de monje budista, luego de la muerte del Emperador Go-Uda, a quien había servido. Las causas de su abandono del mundo, que en realidad no fue total, no han sido esclarecidas, pues su obra no permite suponer que tomara los hábitos como reacción ante un golpe de la vida que le hubiera desilusionado.

El *Tsurezuregusa* parece haber sido escrito entre 1330 y 1332 cuando ya Kenkō tenía formada su reputación como poeta y erudito en literatura clásica; los últimos años de su vida los pasó en Kanshin-in, un templo cercano a Kyoto, donde estuvo bajo la protección de un militar, Kō no Moronao, quien deseaba para su prestigio la asociación con un hombre que como Kenkō, gozara fama de sabio.

Donald Keene, en la introducción a su traducción de la obra, nos dice que la época que le tocó vivir no fue nada propicia para el tipo de obra que escribió, pues su turbulencia y peligrosidad no estimulaban precisamente a la meditación y al comentario profundo, sin embargo esa afirmación como tal, es de dos filos; pues podría argumentarse que quizás haya sido esa misma turbulencia la que llevó a uno de los hombres que la vivía, a dedicarse al ejercicio de lo que podría conducirle a superarla, al menos en forma personal.

Sea como fuere, lo cierto es que la inestabilidad general y el movimiento político contemporáneo no parecen haber tocado en nada la obra literaria de que hablamos. Con humor, con tristeza, pero nunca con desesperación, Kenkō se pone a escribir sobre la naturaleza y el hombre, y mil otras cosas no tan trascendentes y de ínfimo interés.

Respecto a la composición del libro, durante muchos años se creyó lo dicho por Sanjōnishi Saneeda (1511-79), quien afirmó que no fue Kenkō el que le dio al libro su forma, sino que se dedicó simplemente a escribir sus pensamientos en tiras de papel que luego pegaba en las paredes de su cabaña. Después, el poeta Imagawa Ryōshun, impresionado por eso, sacó uno a uno esos papeles, y uniéndolos a otros que pidió a viejos criados de Kenkō, les dio el orden que conocemos. Aunque esta teoría no es hoy aceptada por la crítica, hay base para una relación entre Imagawa Ryōshun y Kenkō, pues el texto más antiguo que se conserva (1431) está escrito por la mano de un discípulo de Ryōshun.

Durante la vida de Kenkō, el *Tsurezuregusa* no parece haber sido muy conocido, pues su fama era más bien la de un poeta, aunque no de primera magnitud.

Si, siguiendo el criterio de Donald Keene, descartamos todos los episodios sin mayor trascendencia, y aun las afirmaciones contra-

dictorias que pueden deber su existencia a la forma en que fue escrito el libro, con su íntima relación entre lo anotado y la vida diaria y los cambios de punto de vista y opinión del autor, quedarían como temas generales más importantes el de la disquisición estética y el referente al comportamiento debido del "caballero" japonés según el pensamiento de Kenkō.

Haciendo la aclaración de que el aspecto estilístico forzosamente se nos escapa dado que no podemos leer el texto japonés, el segundo de los temas no debe interesarnos demasiado si nuestra aproximación a la obra es puramente literaria, por lo que nos quedaría como principal objeto de consideración, las ideas estéticas desarrolladas en el libro.

No hay duda alguna de que el *Tsurezuregusa* es uno de los fundamentos de la formación del pensamiento estético del pueblo japonés. Las citas, los estudios y las influencias son incontables, de modo que podríamos decir que el libro ha sobrevivido en obras muy alejadas en el tiempo.

Sin embargo, el término estético es en sí engañoso por lo simplificador. Si para occidente la estética ha sido tradicionalmente una rama de la filosofía, para el pueblo japonés es una forma de vida. Y en esta generalización entra también Kenkō. Detrás de un concepto de belleza está uno anterior acerca del hombre y la naturaleza; y la relación es dialéctica, pues el criterio estético a su vez condiciona la visión del mundo: la síntesis entre la filosofía y la estética está en la vida y a todo lo largo de la historia japonesa. En muchos de los pasajes dedicados al "gentleman", Kenkō no hace otra cosa que aplicar criterios estéticos transformados en reglas vitales para el japonés.

Ahora bien, como en toda teoría estética el punto de partida de Kenkō es uno: la admiración o la "simpatía"; pero las ideas objeto de esa simpatía son algunas que el Occidente no siempre ha puesto en su escala de valores. Podríamos sintetizar todo el círculo partiendo de tres conceptos fundamentales: la impermanencia, lo imperfecto, y la sencillez.

En la unión de estos tres valores se ha utilizado una lógica que puede asombrar en un poeta; Kenko ama lo impermanente antes que nada, pues es lo que le da valor a cada cosa: amamos la luna porque puede desaparecer y la nieve porque se derrite y la vida porque morimos; la impermanencia de las cosas es más notoria en aquellas que son frágiles, y por eso no hay nada más hermoso que la flor de los cerezos.

Las cosas impermanentes son así por ser imperfectas, y si son imperfectas son inacabadas. En el arte, hay en Japón toda una línea que utiliza este principio, haciendo que lo inacabado de la

obra de arte sea el medio para su unión más íntima con el "consumidor" de esa obra.

Por último, tanto la impermanencia como la imperfección pueden ser encontradas en la sencillez que termina llevándonos a la pureza. En todas las teorías de Kenkō es notorio el trasfondo budista, pero distorsionado muchas veces por un hombre que veía el mundo más con ojos de poeta que de sacerdote. Y no sólo de poeta; muchas veces el que aparece es un hombre que ama el mundo y sus placeres, el amor, el vino, las mujeres y la sabiduría.

Quizás donde la época en que vivió Kenkō haya dejado un sello más profundo es en su declarado amor por el pasado, que siempre es refugio tentador en tiempos turbulentos: "En todas las cosas yo lloro por el pasado" (cap. 22).

Además el pasado es impermanente porque ya terminó, está inacabado porque hay mucho que agregarle, y tiene por último la sencillez y la pureza de todo tiempo ido.

Pero sus ideas no terminan ahí; porque ama lo imperfecto, más que la flor en todo su esplendor admira el capullo y la rama que la ha perdido, es decir, ama el principio y el final, no el apogeo; y aquí hay otro concepto que se afirma: en realidad en todo principio está en germen un final, y en todo final se vislumbra un principio.

Ya en verano está el germen del otoño, y en el otoño el invierno y en el invierno la primavera. En realidad en el verano están todas las demás estaciones, incluyéndose él mismo, que deberá recomenzar.

Lo mismo ha pasado en Japón con el Tsurezuregusa; ha muerto y ha nacido muchas veces, hasta nuestros días, pues el descubrimiento de muchas maravillas del arte japonés es en el fondo también un nuevo descubrimiento del libro de Kenkō.

ÓSCAR MONTES  
El Colegio de México

TANDON PRAKASH, *Punjabi Century, 1857-1947*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1968. 247 pp.

*Punjabi Century* es una novela biográfica en la que el autor describe íntimamente la vida en el Estado del Punjab (en la India noroccidental) a lo largo de tres generaciones, que van desde las guerras Sikhs y el motín de 1857 hasta la partición de India y Pakistán en 1947.

Es ésta una etapa de transición en que se efectúan cambios